

## Cumplir ochenta y cinco años

Motlis, J.

Israel.

### Sr. Director:

Creo que al cumplir en estos días 85 años de edad, gracias a Dios y a otras circunstancias menos importantes, podría transmitir a mis colegas gerontogeriatras españoles algunas de mis experiencias de este larguísimo devenir cronológico y su contenido, tan amarrado a la geriatría y gerontología españolas, a las que estoy unido desde 1972.

En más de una oportunidad he manifestado que la voz cantante y sonante de la geriatría y gerontología en español está en manos de la Sociedad Española de Geriatría y Gerontología, válida para todos aquellos países en los que se habla español, incluido en Israel, motivo por el cual me dirijo a ellos en estos momentos.

La que fuera ministra de relaciones exteriores de Israel, Golda Meier, cuando cumplió 70 años de edad manifestó «es una gracia cumplir 70 años, pero no es un chiste».

La verdad es que nunca tomé en serio mi edad, y no he actuado en función de ella. Trato de adaptarme a las circunstancias en que vivo, en lo bueno y en lo malo. Y he vivido largos malos ratos en mi vida, antes y después de mi jubilación.

Cuando en el año 1960 le manifesté al médico jefe de la sección de medicina interna del hospital en el que trabajaba que viajaba a los EE.UU. a estudiar geriatría becado por la OMS, ofuscado me contestó: «la geriatría es una rama de la medicina interna, y hasta que se desarrolle como especialidad pasarán varias generaciones». Doble error: la geriatría, hoy, en los países desarrollados es ya una especialidad médica, y ya en mi generación ha alcanzado objetivos imprevistos, coadyuvada por la mejoría de las condiciones de vida, de nutrición, de mejores conocimientos demográficos, etcétera.

¡Cómo no recordar, aunque sea de pasada, los adelantos en los campos de tratamientos preventivos, curativos

y de rehabilitación de las enfermedades que aparecen especialmente en la vejez! Recalco la importancia de los ataques permanentes de los últimos años de la Sociedad de Geriatría contra la obesidad, la diabetes mellitus, la hipertensión arterial, el cáncer y la presión.

Paralelamente a estas actividades los geriatras se han volcado en la comunidad, creando los servicios médicos domiciliarios, los hospitales de día, los centros comunitarios para adultos mayores, las universidades populares para adultos mayores. El que escribe estas líneas creó hace 6 años las Peñas Literarias Hispanoamericanas en Israel, que congregan a mayores de edad de habla española, y que se reúnen quincenalmente para leer sus manuscritos literarios; en este momento son 60 distribuidores en ocho filiales en Israel. Ya se ha publicado una antología con sus textos en Zaragoza.

¿Quién recuerda los asilos o albergues, los llamados «hogares para ancianos», que no eran hogares y albergaban lo que la ola comunitaria dejaba? Hoy son mansiones con un número de estrellas que sólo algunos privilegiados pueden pagar. Y no olvidamos los servicios turísticos nacionales e internacionales que ya son motivo del diario vivir de la comunidad de edad avanzada.

Podríamos extendernos incluyendo un párrafo acerca de las actividades propiamente docentes e internacionales que desarrollan las diversas sociedades de geriatría y gerontología en los países avanzados, pero esto me llevaría a alargar este manuscrito en otros 85 años, que los dejo para mi futuro lejano.

Creo que los geriatras gerontólogos de mi generación podemos irnos a dormir tranquilos. ¡Misión cumplida!

No olvido a los pioneros, cuyos nombres sería más largo enumerar que los años de mi edad, a aquellos que supieron encender en nosotros el entusiasmo por resolver los problemas de este rincón siempre olvidado por la sociedad, *la vejez*, a la que pertenezco y contribuyo.